

RECUERDOS DE UJUÉ

A mi queridísimo y respetado amigo el Excmo. Sr. D. Pedro de Madrazo

Si el viajero que recorre las fértiles y risueñas campiñas de la Ribera de Navarra, o las tristes comarcas cercanas a las *Bardenas*, fija su vista en la línea de montes que limita unas y otras hacia el N., podrá distinguir, descolando entre las escabrosidades de la sierra, un pico de severo y rudo aspecto, que ostenta sobre su descarnada cumbre un robusto edificio almenado, en torno del cual se extienden grupos de humildes casas que parecen derrumbarse por la rápida pendiente donde se hallan enclavadas.

Estas constituyen la villa de Ujué; el grandioso monumento que las protege es el célebre templo de *Santa Maria*.

Ujué es poco conocido fuera de Navarra; perdido en las soledades; sin ríos que le den frescura; sin árboles que le presten sombra; con un clima brusco y extremado; sin más movimiento ni otra industria que la agrícola de la localidad, elévase sombrío y silencioso sobre su inmenso pedestal de roca, como reposa el Ibis legendario sobre las pirámides.

Su aspecto, triste con la tristeza de la ruina, está impregnado, como ella, de la poesía del recuerdo, existiendo entre pueblo y campiña notable analogía; colinas peladas en su mayor parte y casi exhaustas de vegetación arbórea; barrancos donde quizá serpearon riachuelos cuando aquello fué selva, y en los que hoy sólo se encuentran piedras; jarales bravos donde se oculta abundantísima caza; yerba finísima y aromática, pero de matices polvorientos como una alfombra raída; arbustos retorcidos por el huracán, todo es allí rudo, melancólico y severo,

Las casas de Ujué son del tono quemado de la tierra; sus calles tortuosas y de una pendiente inverosímil, están empedradas con cantos a los que el uso y la corriente de las aguas llovedizas han dado completo pulimento, y en aquellas vías desiertas penetra el viento con violencia espantable; azota furioso las pobres viviendas, y lanzando bramidos de inusitada resonancia y quejumbrosas voces, parece relatar tristes memorias.

Esa es la impresión que nos produjo el aspecto de Ujué cuando, hace algunos años, lo visitamos por primera vez.

.....
Poco distante del pueblo, una cruz de piedra se alza esbelta sobre algunas

gradas y cautiva la atención por sus curiosas esculturas; los escudos ojivales que en lo alto del fuste ostenta, indican que fué erigida por un deudo de los reyes de Navarra, y como remate véñse en un lado la imagen del Redentor Crucificado y en el otro la de la Santísima Virgen de Ujué; monumento de piedad y monumento artístico que saludaron con respeto las generaciones de cinco siglos, y ha sido mutilado por la barbarie de algunos desgraciados, durante la última guerra.

En el extremo superior del pueblo, sobre la cima del pelado monte, y dominando todo el país, se eleva la iglesia de Santa María. Según una antiquísima tradición consignada por el P. Moret y otros historiadores, la aparición de la sagrada imagen se verificó durante el siglo VIII o tal vez antes; sorprendido un pastor por la insistencia con que una blanca paloma penetraba en la concavidad de un peñasco, acercóse movido por la curiosidad para averiguar lo que podía atraer a la inocente avecilla, y encontró, con asombro, la imagen de la Santísima Virgen, que continuó en aquel natural nicho de roca. Construyóse en el mismo sitio un bello templo que los reyes navarros enriquecieron, y trasladóse en torno suyo, extendiéndose bajo su sombra protectora, una población que existía a distancia de legua y media, llamada *Santa María la Blanca*, la cual ha desaparecido.

Corroborá este acontecimiento el nombre con que en lo antiguo se distinguió a la imagen y al nuevo pueblo; *Santa María de Usúa*; es decir *Santa María de la Paloma*, pues esto significa en el antiquísimo idioma euskaro, común entonces a todo Navarra, la voz *Usúa*, y con esa avecilla a los pies, se vé hoy la efigie de la Santísima Virgen. Con el transcurso de los tiempos corrompióse el vocablo convirtiéndose en *Uxúa* y *Uxúe*, y, por último, en el Ujué de nuestros días.

Fué esta villa murada, y próxima al templo de Nuestra Señora debió existir la imponente fortaleza conocida con el nombre de *Castillazo*; todavía se descubren vestigios de esas fortificaciones, y restos de una iglesia del siglo XII, titulada San Miguel, que había en la parte baja del pueblo. (1)

Súbese a la parroquia de Santa María por una larga escalinata de piedra, en medio de la cual un arco con histórico escudo parece marcar el límite del sagrado recinto; continúase subiendo y se llega al pie del templo, cuyas robustas torres, coronadas de almenas y matacanes, le dan el aspecto de una fortaleza: representación fiel de aquella época de fe y de lucha en que el culto de Dios y el culto de la patria estaban, por fortuna, estrechamente unidos y en la cual se agrupaban en torno del Santuario, para vencer o morir, los defensores de la fe católica y de la independencia.

(1) Casi todos los datos históricos que aquí estampamos están tomados de un curioso opúsculo que referente al Santuario de Ujué publicó su párroco y Prior, nuestro respetable amigo, D. José Guillermo Lacunza, cuya ilustración es sólo comparable con su virtud e incansable celo (N. del A.)

Nada más original y arrogante que el conjunto exterior de ese monumento, alianza feliz de las típicas arquitecturas religiosa y militar de los siglos medios, con sus torres bélicamente aprestadas, con sus ferradas puertas, sus galerías espaciosas, sus pórticos calados y sus robustos contrafuertes que semejan los brazos de un Briareo asido a la montaña,

La iglesia primitiva, del siglo VIII, fué, según se cree, reedificada en el duodécimo, y a esa época pertenece, por lo visto, la parte más antigua del templo que hoy existe, aun cuando sin inconveniente pudiera clasificarse como de la anterior centuria; consta de tres ábsides a los que corresponde igual número de naves románicas, notándose en la más ancha o central indicada la forma de herradura, propia de las construcciones árabes. (a)

Desde el presbiterio, que cierra una robusta y curiosa verja, hasta el imahnte, el templo está formado por una sola nave espaciosa y elevada, que en su estilo ojival secundario, revela la época de su edificación.

Como se vé, este hermoso monumento, correcto ejemplar de los estilos románico-bizantino del siglo XI, o principios del XII, y ojival del siglo XIV ofrece en su disposición interior, y hasta la forma en que se verifica la transición entre uno y otro, notable parecido con la veneranda y célebre iglesia de San Salvador de Leire.

La sagrada imagen de Nuestra Señora, que, como dijimos, apareció hacia el siglo VIII, se conserva cuidadosamente en el altar mayor; es una efigie de madera de 91 centímetros de alto; joya de inevaluable precio bajo el punto de vista religioso, y valiosísima también para el arqueólogo, pues presenta los caracteres del arte cristiano de la época de los visigodos, lo cual viene en apoyo de la tradición, por ser indudablemente tan notable imagen de aquellas que hubo que ocultar en los luctuosos tiempos de la invasión agarena.

La Virgen de Usúa está sentada y tiene el Niño-Dios en su regazo. Una y otra figura están revestidas de chapas de plata a excepción de las manos y los rostros; pero esa vestidura metálica es, según entendemos, muy posterior a la escultura de madera, que es la primitiva.

La silla en que se halla sentada, chapeada también de plata, ostenta seis escudos con las armas reales de Navarra posteriores a los Teobaldos; son de cada uno de los costados y dos al frente. En el centro de los laterales, se vé una imagen de Nuestra Señora y esta inscripción: *Sigillum Beatæ Mariæ de Rocamador*.

Los del frente tienen, asimismo, dos medallones con la figura del Salvador bendiciendo.

¿Cómo explicar esa inscripción en aquel sitio? ¿Son esos medallones, o esa

(a) Olvidó aquí nuestro maestro Iturralde lo que sabía muy bien: que el arco de herradura y el ultracircular eran conocidos y practicados en la España visigoda.

silla, donativo del vetustísimo santuario de la Virgen de Rocamador, vecino a Estella?

La sagrada efigie que desde hace *mil* años se guarda en Ujué, subsiste en buen estado de conservación. y la polilla que carcomió la peana la ha respetado por completo.

Objeto de férvido entusiasmo en el país, la Madre de los afligidos parece velar, desde el excelso monte, sobre una gran parte de esa tierra Navarra que, a través de los siglos, sigue depositando a sus plantas el homenaje de sus oraciones y sus lágrimas! (1)

El pórtico del templo es sencillo, pero elegante, correcto y esmeradamente esculpido; el tímpano representa la cena de los apóstoles y la adoración de los Santos Reyes. Las archivoltas, desprovistas de ornamentación, arrancan de capiteles iconísticos, representando escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, y esas figuras simbólicas tan usadas por los imagineros de los siglos medios.

Otra portada, curiosa también, está hoy oculta tras de la sacristía.

Las nueve ventanas que dan luz a la iglesia pertenecen a los estilos románico y ojival.

El espacioso coro, que sobre tres rebajados arcos se eleva, en el extremo opuesto al ábside, ostenta un calado antepecho de piedra con rosetones cuatri-

(1) Son muchos los devotos que continuamente se dirigen en peregrinación a Ujué, y digna de especial mención la romería llamada de *los Cruceros*, cuyo origen remoto parece ser una manifestación de gratitud a la Santísima Virgen por haber preservado a los cristianos del yugo de los mahometanos.

Esa peregrinación se verifica en los últimos días de Abril; sale de Tafalla al amanecer con dirección al Santuario mencionado y regresa por la noche; toman parte en ella unos 700 u 800 romeros de varios pueblos de Navarra, pero principalmente de Tafalla, yendo todos entunicados, con capillos que les cubren el rostro, cuerdas ceñidas al cuerpo y pesadas cruces sobre los hombros, siendo muchos los que hacen la excursión descalzos.

Hay también en Tafalla una hermandad titulada de *el Apostolado*, doce de cuyos hermanos emprenden el mismo viaje el 1.º de Mayo a las doce de la noche, volviendo a las doce del día siguiente. Todos van entunicados, provistos de faroles y báculos y guiados por un capellán que representa al Divino Maestro.

Cruzan gravemente la ciudad escoltados por numeroso gentío; detiéndense cerca del río Cidacos donde escuchan una plática que les predica el sacerdote; retirase el pueblo y continúan su viaje los hermanos, en completo silencio, que únicamente pueden romper en caso de peligro, para decir en demanda de socorro *Ave María Purísima*.

En Ujué comulgan, oyen misa y desayunan; regresan después, y en San Martín de Unx se descalzan, caminando así dos leguas y media que dista todavía Tafalla, donde en medio de gran concurso que les espera, van a la iglesia de Recoletas de la Purísima Concepción, pronunciando otra sentida plática el capellán que los conduce. Los hermanos de el Apostolado se comprometen a verificar esa peregrinación durante diez años, pasados los cuales se les jubila y otros ocupan sus vacantes.

lobulados; sobre él se destacan dos ángeles en pie que sostienen pesados candlabros.

Bajo las bóvedas del coro está la pila bautismal, rodeada de verjas y débilmente iluminada por tres angostas ventanas guarnecidas de pálido alabastro a guisa de cristal.

La sillería del coro es del siglo XVII, con medallones de nogal esculpido, representando escenas de la vida de la Santísima Virgen.

Los altares carecen de mérito y son modernos; el más antiguo data del siglo XVI.

En el presbiterio, bajo las angostas bóvedas románicas, descúbrese a cierta altura, sobre sencilla repisa adosada a un pilar, la estatua de un caballero arrodillado y orando ante la imagen de Nuestra Señora; su traje pertenece al siglo XVI; pero ese bulto reemplaza a otro más antiguo destruido en un incendio; es de tamaño natural y conmemora una milagrosa curación

Habiendo cegado D. Gonzalo Bustos, o Gustios, noble caballero castellano, y desahuciado ya por la ciencia, volvió los ojos del alma hacia la Virgen Santísima de Ujué, de la que había oído relatar grandes prodigios, y encaminóse en compañía de sus servidores, al célebre Santuario. Previno a éstos que le avisaran en el momento en que se descubriese el sagrado templo, lo que sucedió cerca de la historiada cruz que mencionamos, y apeándose de su corcel y postrándose en tierra subió de rodillas, guiado por sus acompañantes, el áspero camino hasta llegar a presencia de la bendita imagen, a la que con fe y confianza vivisimas pidió la vista. Pocos momentos después de comenzar su súplica abrió los ojos; vió a su santa bienhechora; reconoció a sus criados y exhalando un grito de gozo y gratitud invitóles a que con él cantasen alabanzas al cielo por tamaño prodigio.

Esa es la tradición que recuerda la estatua y consignada se halla en un lienzo pendiente de aquellos vetustísimos muros.

Fué reconstruida la iglesia (a excepción de los restos del siglo XI que hoy existen) por el Rey D. Carlos II de Navarra, quien profesó especial devoción y respeto a la imagen de Nuestra Señora de Ujué, mirando con tal predilección a aquel pueblo, que resolvió establecer en el mismo una Universidad donde se enseñara toda clase de ciencias. Principióse su edificación, pero no pudo terminarse, ni se dió cima a tan noble proyecto porque la guerra con Castilla vino, en 1378, a agotar el Real Tesoro.

No fué solo Carlos II el que se distinguió por su devoción a la iglesia de Ujué; los Reyes que antes y después de él ocuparon el trono Navarro, demostraron notable veneración al célebre santuario, concediendo al pueblo diferentes privilegios; alguno, como D.^a Blanca, quiso ser enterrada bajo aquellas sagradas bóvedas—deseo que por circunstancias bien extrañas no pudo cumplirse—y casi todos ofrecieron valiosas alhajas a Santa María de Usúa.

De esas preciosas joyas, tan respetables por su origen, por el objeto santo

a que se destinaron, y por su valor artístico, no queda ni una sola; los incendios y las guerras destruyeron la mayor parte: las que quedaban—¡rubor causa decirlo!—fueron brutal y sacrilegamente arrebatadas en 1836 por los agentes del Gobierno, que invocando las inícuas leyes de desamortización no dejaron nada que pudiese tentar la codicia de los espoliadores del porvenir!



Con respeto y encanto indecibles contemplábamos las severas naves del devoto templo, cuando tropezaron nuestros ojos con la siguiente inscripción, escrita con caracteres dorados en lo alto de un retablo: *«Aquí está el corazón del Señor D. Carlos II, Rey de Navarra, año de 1386»*. No es posible expresar el mundo de recuerdos, la vehemente curiosidad que estas palabras despertaron en nosotros; y como por circunstancias especiales podíamos satisfacerla sin cometer una profanación ni ser irreverentes—y estábamos para ello autorizados por quien podía autorizarnos—cedimos al deseo.

Abrióse la férrea puertecilla que cierra el nicho donde estaba depositado el corazón y extrájose el pesado cofre que lo contiene, cofre que no había sido visto desde el siglo XVI.

Es cuadrado, de unos 25 centímetros de lado, y lo forman gruesas y toscas tablas pintadas: en su frente y en la cara opuesta destácanse sobre fondo negro, ramajes amarillos groseramente trazados, y en el centro un gran corazón rojo entre dos pequeños escudos, con las armas reales de Navarra. Los costados, rojos también, lucen las cadenas heráldicas de color amarillo, que quizá en su origen fué dorado; en la parte alta, en una faja blanca que rodea la arqueta, se leen estas palabras, escritas en caracteres góticos negros e inicial roja:

«Cor : mundum : crea : in : me : Deus : et : Spiritum : rectum : innova : in : visceribus : meis : »

La tapa es blanca exteriormente, y en ella se ve escrito lo que sigue en letras negras, góticas también:

*«Aquí está : el : coraço : dl Rey : Do
Karlos : qui : morio : en : Pampl : la : p :
merá noch : d : jenero : l ayno : de : la :
incarnato : de : nro : Seynnor. ml. ccc
LXXX : el : VI : et : regno : XXXVII : ainos :
et : vivio : LIII : ainnos : III : meses : et :
XXII : dias : Dios : por : su : mer :
ce : li : faga : perdon : Amen.»*

En la parte inferior de la tapa hay estas palabras: *Reparóse año de 1571.*

El cofre de madera contiene dos actas—extendidas en las dos ocasiones en que fué abierto—y dos cajitas; una de ellas, esférica, de plomo, y partida, está hoy vacía; es la primitiva,

La otra rectangular, de latón y tapa soldada de cristal, encierra dos pequeñas esponjas, que quizá estuvieron impregnadas en sustancias químicas; un paño blanco, y sobre él un objeto de un rojo negruzco, con menudas cristalizaciones azuladas adheridas a su superficie, desecado y rugoso.

Es el corazón de Carlos II de Navarra.

¡Es el corazón de aquel *Carlos el Malo* que llenó con su nombre Europa entera; del personaje más temido de su siglo; figura extraña que se destaca gigantesca sobre el sombrío fondo de la Edad Media y en vano interroga la crítica moderna; guerrero impetuoso, político profundo, tribuno elocuentísimo e inteligencia superior!

Tirano cruel, soldado desleal, criminal horrendo, según unos: Rey justiciero y espíritu recto, según otros.

¡Qué terribles secretos se ocultaron en aquel corazón, y cuánto no hubieran dado por leer en su fondo los personajes célebres contemporáneos de Carlos el Malo; los reyes Felipe de Valois y Juan de Francia; el de Aragón; los de Castilla Alonso XI y Pedro el Cruel; Enrique de Trastámara, el Príncipe Negro, Beltrán Duguesclin (I), Corbarán de Lehet, el Capital del Buch y tantos otros!

En el seno del momificado corazón creíamos oír los rumores de la tormenta, y salvando tiempos y distancias en alas de la fantasía, reconstituíamos la vida del sombrío monarca y le veíamos en perpetua lucha con Castilla, Francia y Aragón; preso traidoramente en el horrible festín de Rouen; libertado de su cautiverio en Cambresis por cinco nobles navarros; recibido en triunfo en París, donde con su elocuencia producía una revolución, siendo secundado por su amigo el preboste de los mercaderes, Etienne Marcel; y llegando a soliviantar las turbas hasta tal punto que pisotearan las divisas o colores franceses y se pusieran en las caperuzas los de Navarra, obligando al Delfin a que lo verificase también; corriendo, más tarde, en socorro de la nobleza francesa, aterrada por la *Jacqueria*, y desbaratando, completamente a aquellas hordas de feroces bandidos; protegiendo a París que le recibía con su ejército a los gritos de *¡viva Navarra!*; bloqueando después la misma ciudad sublevada y apoderándose de la *Isla de Francia*; secuestrado vilmente en Borja; galanteando gentiles damas y cautivándolas con su hermosa apostura y su talento; fraguando maquiavélicas combinaciones, o, quizá, criminales proyectos; vencido unas veces; victorioso las más; pero enérgico e indomable siempre; empobrecido

(1) El celebre Beltrán Duguesclin, o Claquin, se hizo vasallo del Rey de Navarra D. Carlos II, y le prestó homenaje.

por sus continuas guerras hasta el punto de tener que empeñar a un cambista su cinturón de plata; confesando y reparando noblemente la involuntaria injusticia de un castigo; buscando en la piedad un bálsamo para su convulsionado espíritu; y, por último, minado por horrible dolencia y muriendo quemado, víctima de trágico accidente en su palacio de Pamplona, mientras que en las calles de la sombría capital se escuchaba el rumor de una sublevación popular.

Cuando todo esto recordábamos, parecíanos, repetimos, ver en el impetuoso corazón las huellas de las pasiones como se observan las del torrente en el peñasco, y oírle latir; violento, de gozo, de ira, de entusiasmo o de dolor!

.....
Desde la angosta ventana en que nos apoyábamos se descubría la noble tierra navarra envuelta en los opalinos vapores de la tarde, sobre los que se elevaba erguido el monte de Ujué, como aquel célebre y maravilloso islote monástico-militar de *San Miguel de Avranches* (de cuya hermandad formaba parte Carlos II), emerge de los mares de Normandía; a lo lejos se divisaban las campiñas de Zaragoza, las llanuras aragonesas y castellanias y sus montes escuetos; a un lado las selvas vascongadas, y cerrando el cuadro, los Pirineos franceses y catalanes con sus nevadas cumbres que brillaban como pirámides de plata. El moribundo sol, teñía con rosados reflejos los muros de Ujué; la campana de Santa María llamaba gravemente a la oración, y fué preciso devolver al nicho, donde yace olvidado hace quinientos años, aquel corazón de Carlos el Malo, redimido por el arrepentimiento, que parecía pedir humildemente una plegaria al último de los labriegos, súbditos suyos, que silenciosos iban arrodillándose en el templo.

Pocas veces hemos comprendido mejor la nada de las grandezas humanas!

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

